



Reportaje

Ramón Rufat fue uno de los 17 miembros que formaban una sección secreta del Servicio de Inteligencia Especial Periférico, que dependía directamente del Estado Mayor Central de la República. Natural de Maella, dejó a un lado su vocación de filólogo y, vestido con el uniforme de alférez de las tropas franquistas, actuó como espía durante dos años de la guerra civil en Aragón y Cataluña, principalmente en Zaragoza. Aunque resta trascendencia a la información que su-

ministró, realizó más de cincuenta misiones, cantidad inusual en cualquier agente de información en medio de tantas dificultades. Detenido en 1938, sufrió el horror de la represión franquista con una condena a muerte de la que le indultaron 22 meses después. En total, pasó 19 años de cárcel por sus actividades en la guerra y en la clandestinidad desde la CNT. En 1958 quedó en libertad y se marchó a París, donde empezó a escribir. En 1976 volvió a España.

RAMON RUFAT

Un espía aragonés al servicio de la República

Genoveva Crespo

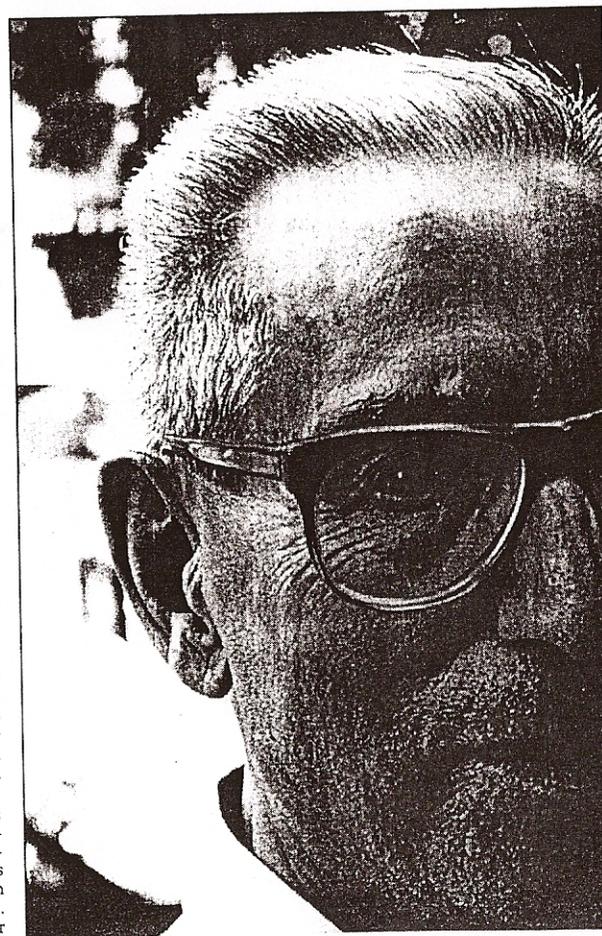
Tenia cara de buen chico, un pasado de católico confeso y un castellano correctísimo. Con ese bagaje, a los pocos días de llegar al frente de Alcuierre como soldado de la Milicia catalana, Ramón Rufat fue elegido para entrar a formar parte de los servicios de espionaje de la República. Con sólo diecinueve años, este joven de Maella se volcaba en la defensa de la República desde sus firmes

Nacido en Maella, fue uno de los 17 miembros del grupo más selecto de la Inteligencia republicana

Condenado a muerte, pasó 19 años en las cárceles franquistas; vuelto del exilio, se dedica a escribir

dejaba caer. «Vivía en las Delicias y mi contacto con gente del otro lado fue casual. Por ejemplo, iba a tomar chocolate junto al Mercado y allí podía coincidir con algún militar; hablaba con él y le preguntaba alguna cosa pero nada más».

Para los escasos conocedores del mundo del espionaje durante la Guerra Civil, la perdurabilidad de Rufat y el número de sus acciones son realmente raros en unas condiciones tan adversas. Sin embargo, el ahora escritor



NGO

de la guerra civil

18 DE AGOSTO DE 1991
DOMINGO
HERALDO DE ARAGON

memorias de la guerra civil

Adiós a la vida

Ramón Rufat

El fusilamiento de los condenados a muerte las madrugadas de los lunes, que era ya un hecho normal, hizo del cinco de agosto de mil novecientos cuarenta una fecha de recuerdo para los ocho mil presos políticos hacinados en las prisiones de Zaragoza. Porque entre las víctimas inocentes de este día había un hombre, Carlos Lizondo, que ha quedado como legendario en aquella etapa de represión. Tenía 27 años, era tenor profesional y antes de la guerra había cantado «La dolorosa» en el Teatro Argensoa con una compañía de Valencia, su región, pues era nacido en Segorbe.

En la prisión formaba parte del orfeón y, condenado a muerte y todo, cantaba de solista. Era el orfeón la única expresión artística y cultural de las prisiones en estos años, y estaba permitido y hasta mimado por el régimen por el hecho de actuar durante las misas obligatorias de los domingos y días festivos.

Los meses de julio y agosto de 1940 fueron terribles para los

condenados a muerte: lo eran también para los otros presos que se morían de hambre y de asco en cualquier cárcel de España; pero los condenados añadían a todo esto la amenaza del piquete. El llamado Ejército de Ocupación tenía que desaparecer como tal, y su auditoría estaba en plena liquidación de las sentencias. Cada lunes teníamos «saca» de doce o quince víctimas de esta auditoría. Muchos de estos fusilados llevaban con pena de muerte más de dos años. ¡Cuántas veces una lucecita de esperanza les había sonreído en su intimidad!... Llegó, sin embargo, lo incomprendible a los dieciséis meses de haberse terminado la guerra. Nadie tenía seguridad: el más convencido de su posible indulto era sacado el primero. La galería segunda, en cuya planta estaban los condenados, se quedaba vacía, y los que seguíamos con vida éramos como esas hojas solitarias que se quedan agarradas a los árboles desnudos y cubiertos de nieve.

La tarde del domingo sabía Lizondo que había «saca» la madrugada siguiente; pero le habían asegurado que no iba él, y

se fue a la celda, después de la cena en el patio, con este convencimiento. No hizo testamento esta noche, lo tenía hecho del lunes 22 de julio. Y lo que nadie hacía, escribir en el momento mismo de abandonar la celda para ir a la muerte, lo hizo él. En el anterior testamento ya había firmado y puesto la fecha, y cuando iba a salir firmó otra vez, a la izquierda bajo el texto, con una firma pomposa, de rasgo decidido y victorioso, y añadió: «Esta es mi firma». Había llegado la hora de su consagración como tenor de ópera que era la ilusión de su vida.

Al sujetarle los guardianes delante de la puerta de su celda dio un grito que llenó toda la cárcel: «Viva la República en el mundo!»... Nadie le contestó. Estábamos acostumbrados a oírle cantar solo. Un guardián le golpeó en la boca con la enorme llave de los rastrillos. Cuando pasó por delante de los presos que estaban acostados cerca de la misma garita del centro de vigilancia caían de su boca gotas de sangre. No le dio importancia. Al comenzar la misa pidió permiso para cantar y dedicó, al único compañero que se había

confesado, la plegaria de Alvarez: «a Vos, Señora, la santa Virgen...». Los otros doce de la «saca» miraban al «penitente» con desprecio, Lizondo le obsesó con una canción. Y en la cárcel había quedado resonando, poderoso, su grito rebelde.

Arrancaron los camiones con víctimas y piquetes, y la voz de Lizondo se hizo oír dominante y sublime en la carretera hasta el cementerio. Eran las cinco de la madrugada con un alba risueña y llena de esplendor. A petición de los compañeros iba cantando «La dolorosa». Las ventanas de la prisión se llenaban de sonoridad y nuestros cuerpos se pusieron en carne de gallina. Lizondo cantaba como nunca lo había hecho y se despedía de la vida dejando la vida de su voz. Aquellas frases: «La silueta del madero»... «El hijo agonizante»... cobraban en el ambiente un valor extraño de realidad y de tragedia. El «Camina, camina llorosa»... lo cantaba él mientras doblaba el camión las tapias del cementerio.

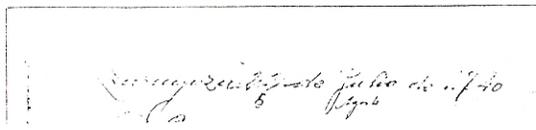
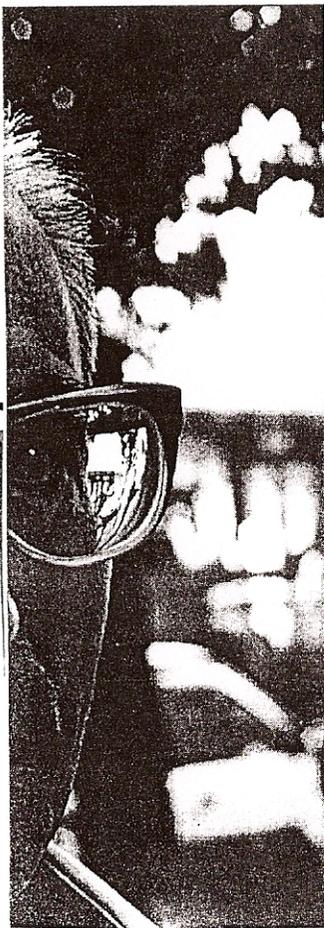
Delante del piquete pidió que le dejaran cantar el «Adiós a la vida». Adelantó el pecho, inspiró fuerte mirando al cielo que se despedía de las estrellas al paso

del alba, y cantó... Ni en sueños lo había hecho mejor. Lo vivía todo, hasta el lamento trágico del final cuando reconoce que no había amado «mai tanto la vida». El piquete debió quedar como estupefacto y amilanado. Porque dijo luego que iba a cantar «Morucha divina» en recuerdo de su mujer y que dispararan mientras tanto, y se lo concedieron.

Disparó el piquete y la voz quedó eclipsada por la descarga. Estaba en el momento de «Decirte te quiero». En el «Decirte» se cortó. Pero al instante, como tras la pausa de una semifusa, resonó en el aire, potente, triunfador: «Te quiero»... Lizondo había quedado en pie y seguía cantando. Un guardia del piquete, frente a él, se había desmayado. Una nueva descarga rápida lo tumbó al suelo, donde balbuceaba entre la sangre y el barro, queriendo y sin poder: «di...vi...na... cla...vel...».

Y el tiro de gracia nos lo dejó con esta flor en los labios.

Extraído de «En las prisiones de España». Editorial Cajica, Puebla, México, 1966.



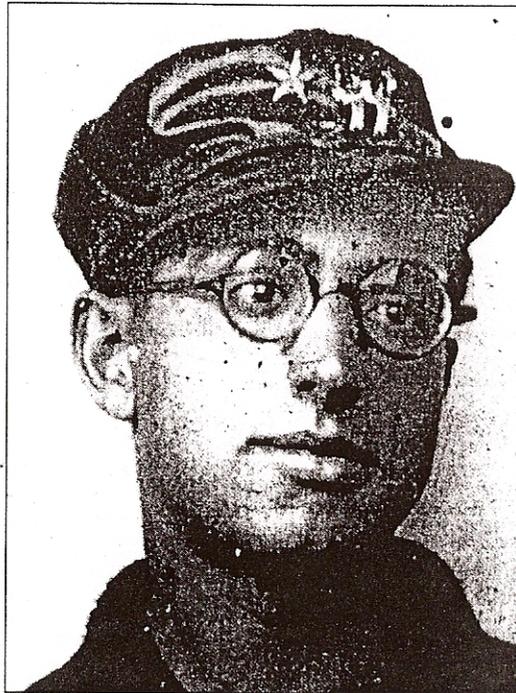
creencias libertarias y entraba a jugar uno de los papeles menos conocidos de la guerra civil, el de agente del Servicio de Inteligencia Especial Periférico y, en concreto, de un grupo especial formado por unas diecisiete personas en toda España. Ahora, después de haber pasado 19 años en las cárceles de la postguerra y otras dos décadas de residencia en París, vive en Barcelona y se dedica a escribir lo que mentalmente apuntó durante años de guerra, represión y exilio.

«Estaba estudiando humanidades y filosofía en los dominicos de Valencia cuando estalló la guerra —explica Ramón Rufat—; entonces me trasladé a Barcelona y me enrolé en las Milicias Catalanas; mi primer destino de guerra fue Alcubierre. A los pocos días, cuando vieron que hablaba castellano muy correctamente, decidieron enviarme a Zaragoza para que me ocupara de la información». Rufat, que había nacido en Maella en 1917 y quería ser filólogo, se encontró de pronto ejerciendo de espía al servicio de la República en Zaragoza, adonde llegó en su primera misión el 15 de octubre de 1936.

Uniforme transformable

En un reciente viaje a Zaragoza, Ramón Rufat recordaba aquellas primeras incursiones como miembro de los servicios secretos en la capital del Ebro. «Venía vestido de alférez de las tropas franquistas y diciendo que estaba de permiso. Llevaba lo que se llamaba un uniforme transformable, de manera que podía ser alférez, sargento o cabo; en Zaragoza siempre fui lo primero y en otras poblaciones de Aragón, lo segundo. Además del uniforme, tenía mi documentación correspondiente».

En esa documentación era Ramón Rafols, y no Rufat. Con esa identidad acometió más de cincuenta misiones en distintos puntos de Aragón y Cataluña desde el primer día que llegó a Zaragoza hasta el 18 de diciembre de 1938, fecha en la que fue



Ramón Rufat, en una foto tomada en 1937 en Madriguera (Albacete), cuando estaba en la 11 Brigada Internacional

detenido en el puente sobre el Entrambasaguas, cerca de Ro-yuela, en la Sierra de Albarracín.

«Realicé misiones por toda la región, Zaragoza, Santa Eulalia, Teruel, Alcañiz... Llegaba hasta mi pueblo». En Maella, el agente secreto seguía siendo Ramón Rufat, aquel chico con cara de bueno al que su padre, que era albañil, había mandado a estudiar primero a Calanda y luego a Valencia porque no tenía aspecto de poder dedicarse a su mismo trabajo y sí al estudio. «En mi pueblo nadie sospechaba; de mí conocían que había estudiado con los dominicos pero nada de mi militancia libertaria así que, cuando los franquistas to-

maron el pueblo, simplemente pensaron que me había pasado de bando. De hecho, cuando me detuvieron, el pueblo hizo un informe estupendo».

Espiando objetivos

Su trabajo consistía en suministrar información, a través de enlaces o personalmente, sobre los posibles objetivos a bombardear; en ellos se incluían desde las fábricas de armamento a los puentes o las comunicaciones. Otras informaciones habituales consistían en la ubicación y cuantía de las tropas de Franco. Para su labor no se infiltró en ningún grupo de adictos al régimen sino que, sencillamente, se

esta información a los franquistas que pudieran ser las informaciones que suministró.

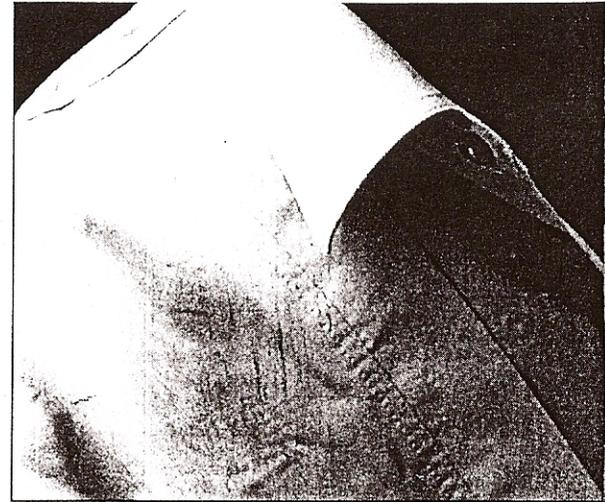
«No sé —dice—. Por ejemplo, yo mandé muchas veces los datos sobre el arsenal que había en Caudé en un lugar de menos de un kilómetro cuadrado donde se guardaba un gran depósito de gasolina, otro de intendencia, cuatro antiaéreos montados sobre raíles y una gran batería de artillería del 21. Jamás vi bombardear aquello. Un día que estaba en la carretera vi llegar a dos katiuskas y dos cazas, pero los antiaéreos entraron en funcionamiento y los aviones se dieron la vuelta».

En sus dos años de espionaje, le tocó estar perdido dos meses; se quedó en Zafrilla, en Cuenca. «Creía que la guerra se acabaría, me pillaría allí y todo arreglado; pero el Estado Mayor planeó la ofensiva del Ebro y me vino a buscar con un coche, que era el primero que veían en aquel pueblo. Hice otra vez de agente en toda la campaña del Ebro, entré de nuevo en Zaragoza y aún avisé de la ofensiva de Cataluña. Cuando regresé a mi base, habían caído algunos compañeros; todos los servicios de información tienen alguna debilidad, alguien dio también mis señas y me detuvieron».

Prisionero en España

1938 tocaba a su fin y Rufat caía en compañía del guía que le llevaba por la Sierra de Albarracín. Pastor Petit, un historiador que ha trabajado sobre el espionaje, escribe en su libro «Dossier secretos de la Guerra Civil» que, en 1938, habían sido detenidos y fusilados el agente Ramón Rafols y su guía. Detenido sí, pero no muerto. Le quedaba por delante una larga agonía que comenzó en un campo de concentración en Santa Eulalia del Campo y que no acabaría, en su cara más cruda, hasta 1958.

Por su condición de espía, la condena, dictada el 4 de marzo de 1939, fue a muerte. «La sentencia, que pendió sobre mí du-



rante veintidós meses; me la impusieron en mi primera prisión, donde hasta nos tenían atados. Luego estuve siete meses en Calatayud y, el 6 de noviembre, me trasladaron a Torrero. Cuando llegué a la cárcel de Zaragoza, llevaban sin fusilar desde julio, fecha en la que habían matado a uno de mi pueblo al que llamaban el cedacero de Maella. (Allí hubo mucha represión y la guerra se saldó con medio centenar de fusilados, 300 presos y unos 500 exiliados). Total que, ante ese parón y con guerra acabada, todos creíamos que ya no habría más fusilamientos. Pero los hubo. Entre los días 9, 10 y 11 cayeron 45 personas».

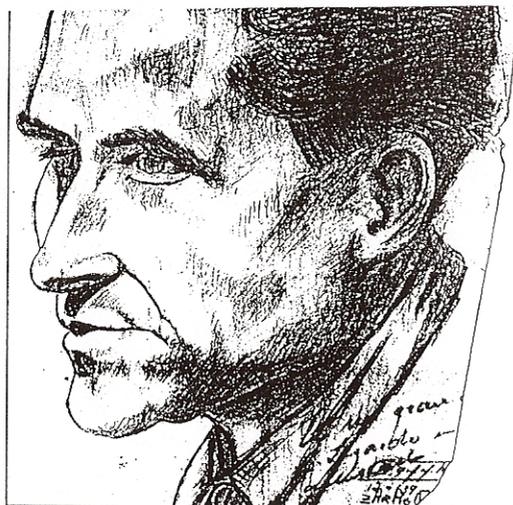
Galería de condenados

«Los condenados a muerte —prosigue Ramón Rufat— estábamos en la segunda galería de Torrero. El hacinamiento era terrible. En una prisión para 400 personas, estábamos 8.000. Cuando se acababa de comer y tocaban la corneta, el que se sentaba bien y el que no, ya no

podía hacerlo y tenía que quedarse de pie».

Pero lo peor eran las sacas. «Las visperas eran muy duras —cuenta Rufat—, ya que los condenados sabíamos que al día siguiente habría fusilamientos pero no sabíamos a quién le tocaba. Uno de los síntomas era que, como en las celdas no se podía, los presos pagaban a los vigilantes para que les permitieran dormir en los pasillos; pero los días que había sacas, los pasillos de la segunda galería, la de los condenados a muerte, no los ocupaba nadie. Entonces nosotros decíamos: 'No avanza la infantería, mal asunto...'. Así que vivíamos toda la noche esperando y, en consecuencia, todos hacíamos testamento».

Rufat calcula que había un promedio de dos sacas al mes. «Pero lo peor vino en el verano de 1940; una madrugada, de cinco que estábamos en una la celda, me quedé yo solo». El espía de Maella se acuerda especialmente del fusilamiento del tenor Carlos Lizondo —ocurrido el 5 de agosto—, quien fue hacia el patíbulo del cementerio de To-



Queridos amigos: Os recuerdo que he unido a este libro algunas fotografías que os he hecho en la cárcel de Castellón, de lo poco que tengo, así como encaje de un libro que me regaló el jefe de la cárcel y a mano de un compañero de momento. Fotografía y el momento de la ejecución de mi hijo. Espero que os guste. Va la ropa para vosotros, del trabajo, para que os sirva de recuerdo. Por último, me voy de vuestra amiga.

Carlitos Lizondo
 Esta es mi firma
 Antonieta Lizondo
 Carretera de Barcelona entrada
 Orriols nº 20 Valencia

A la izquierda, Ramon Rufat en la actualidad. Al lado, el dibujo que realizó un preso de Torrero a Carlos Lizondo, retrato que conserva Rufat y que está algo deteriorado porque durante años estuvo oculto tras una capa de yeso. Junto a estas líneas, el testamento de Carlos Lizondo, fechado el 22 de julio y rectificado por Rufat el 5 de agosto. «Queridos amigos: Os ruego que tengáis presente lo que muchas veces os he dicho. Rufat y Ballester, de lo poco que tengo os ruego encarecidamente hagáis porque llegue a manos de mi señora; la documentación, fotografía y el método de solfeo; y la sortija para mi hijo; en cuanto a la ropa, para vosotros. Un saludo fraternal por última vez de vuestro amigo, Carlos Lizondo». Luego aparece la dirección de su mujer en Valencia

rero cantando las piezas de «La Dolorosa». «Fue una madrugada patética; cada vez que había sacas, se producía un silencio sepulcral. Por eso todos oímos como entonces el «Adiós a la vida» o un «Te quiero» entre disparos. Este pueblo, al que tanto le gusta la música, —dice Rufat— podría pensar en dedicarle una calle porque se lo merece». El fusilamiento del cantante impactó mucho en la ciudad.

Rufat explica que era muy amigo suyo y que le dejó a él el testamento que acostumbraban a escribir los sentenciados. Lizondo incluyó a otra persona, Ballester, por si Rufat y él eran fusilados juntos. «Yo —cuenta el escritor de Maella— siempre le decía que me sacarian antes a mí porque su única acusación sería, según me decía, era que había liberado un tren blindado en Castellón, donde había sido capitán de la República. El cura que teníamos en Torrero, Jesús Llera, que fue quien me contó los últimos detalles de la carga que acabó con Lizondo, me explicó que había sido muy duro

en las retiradas de sus tropas en los frentes de Castellón».

Noches patéticas

Patética fue también para Rufat la noche en la que un vigilante le dijo que se acostara junto a la puerta de la celda para no molestar a nadie cuando le vinieran a buscar por la mañana. «Luego resulta que no me fusilaron a mí sino a uno de Calanda con quien pasé hablando la que creía era mi última noche». Rufat no recuerda muchas reacciones históricas entre los condenados.

Rufat fue indultado en enero de 1941. «Los de espionaje nos libramos todos. En aquellos momentos, la información no tenía importancia. Si la tenían las acusaciones de los pueblos. A quien se mataba era a los miembros de los comités locales; las razones incluían envidias y rencillas de todo tipo, así que todo podía empezar por haber requisado una mula. También hubo una gran represión entre los maestros, representantes del pensamiento republicano y laico y enfrentados al poder del

cura. En Torrero hubo más de 700 maestros presos. También hubo más de 40 médicos. Pero, entre los 8.000, no teníamos ni a un sólo abogado».

En 1941 la Causa General reclama a Ramón Rufat y en 1942 es trasladado a la prisión de Alcalá, de donde saldría en agosto de 1944. La misma noche de cobrar la libertad, ya se encontró con el comité nacional de la CNT, con quien nunca perdió el contacto. Al salir de la prisión, Rufat trabajó activamente para mantener la organización. Estuvo en la formación del comité regional en Aragón aunque al final, vistas las dificultades, optaron por hacer grupos de aragoneses fuera de la región. En Valencia lo lideraba Miguel Vallejo; en Barcelona, Félix Carrasqué, que era ciego; y en Madrid, Rufat. «Pero —añade— todo lo que se hizo hasta el año 48 fue un fracaso que acabó con detenciones».

Rufat no estuvo libre tanto tiempo. En octubre de 1945 ya lo habían detenido otra vez. «Me condenan de nuevo, esta vez a

veinte años. Pasé por la Dirección General de Seguridad de Madrid y los penales de Alcalá, Ocaña y el Dueso, donde estuve casi toda la condena que pagué, 13 años».

«En 1958 salí de la cárcel muy cansado. Cuando fui a la Comisaría del Arrabal para hacerme el carnet de identidad aún tuve que oír del policía que me atendió que si era el célebre espía. Luego me fui al pueblo, donde pasé unos días, pero enseguida me marché a Barcelona; allí encontré a una mujer que me gustó y con la que me casé a los seis días de conocerla y hasta hoy». El nuevo matrimonio Rufat se trasladó a París, donde ha vivido hasta la muerte de Franco. En la cárcel, que compartió con el presidente del PSOE, Ramón Rubial, había proseguido sus estudios de filología y de historia contemporánea, de manera que una vez en Francia se dedicó profesionalmente a traducir y escribir. Ya no tiene ninguna actividad política; su distanciamiento arranca de las divisiones en el seno de la CNT.

En busca de un editor

Hasta el momento, Ramón Rufat ha publicado dos libros, «En las prisiones de España», que está agotado, y «Espions de la Republique», que vio la luz en París. El primero apareció en México en 1966 y narra sus vivencias de preso en Santa Eulalia, Calatayud, Torrero, Yserías, Alcalá y, en la segunda etapa, Dirección General de Seguridad, Alcalá, Ocaña y el Dueso. En él relata la evolución de las prisiones, cómo disminuye el número de gente, cómo va llegando otra nueva, sobre todo envuelta en atracos pero que se tilda de política. En «Espions de la Republique» se cuenta el papel que jugaron los agentes en la contienda a raíz de la propia experiencia de Ramón Rufat y de algunos compañeros de batalla. «Abordo los frentes que recorri y las operaciones en las que tuve algo que ver. La del

G. C. Ebro —cuenta Rufat— la hicimos muchos, aunque llegar hasta Zaragoza varias veces u operaciones similares sólo lo hacíamos unos 17 en toda España». Este libro obtuvo el premio García Durán sobre temas de la Guerra Civil de la Universidad de Barcelona y hasta la fecha sólo se ha editado en francés. En Cataluña le ofrecieron hacerlo en catalán pero él, a la vez que desea reeditar el anterior, quiere que el nuevo vea la luz en castellano, objetivo que se le resiste. Pese a que los hechos de ambos títulos ocurrieron principalmente en Aragón, la DGA, incomprensiblemente, dice que no encuentra una colección adecuada para publicarlos. Ahora esta escribiendo otra investigación sobre la clandestinidad en la CNT desde 39 al 50, una década crítica del movimiento libertario.